

BOLETÍN DE FILOSOFÍA

Director Mauricio Langón

Año 36, N. 72

2° Semestre 2016

ÍNDICE

Dossier FEPAI 35 años

Trabajos presentados en la Jornada de Celebración
21 de septiembre 2016- Museo Roca- C.A.B.A.

La sabiduría de Dámaso Antonio Larrañaga (1771-1848) <i>María Noël Lapoujade</i>	3
Sobre la cultura argentina <i>Dulce María Santiago</i>	11
La presencia de la filosofía ambiental en las Jornadas de FEPAI y en otros proyectos vinculados a esa institución <i>Alicia Irene Bugallo</i>	17
*	
UNESCO 2015: Un análisis crítico <i>Enrique Puchet C.</i>	19
Comentario a Andrea Díaz Genis <i>Celina A. Lertora Mendoza</i>	26
Reseñas bibliográficas	33

AUTORIDADES DEL BOLETÍN

Director: Mauricio Langón

Secretario de Redacción: Juan Cáceres

Consejo de Redacción:

Ana Vieira

Mario López

Consejo Académico Asesor:

Acosta, Yamandú (Uruguay, Universidad de la República)

Bernard, François de (Francia, Grupo de estudios sobre mundializaciones)

Berttolini, Marisa (Uruguay, Inspección de Filosofía)

Bohórquez, Carmen (Venezuela, Universidad del Zulia)

Cruz, Manuel (España, Universidad de Barcelona)

Douailler, Stéphane (Francia, Universidad de París-8)

Fernández, Graciela (Argentina, Universidad de Cuyo)

Follari, Roberto Agustín (Argentina, Universidad de Cuyo)

Fornet-Betancourt, Raúl (Alemania, Universidad de Aachen)

Gómez-Martínez, José Luis (Estados Unidos, Universidad de Georgia)

López Velasco, Sirio (Brasil, Universidad Federal de Río Grande)

Montes, Jaime (Centro de Estudios Latinoamericanos, Santiago de Chile)

Reyes Mate, M. (España, Consejo Superior de Investigaciones Científicas)

Scannone, Juan Carlos (Argentina, Universidad del Salvador)

Serrano Caldera, Alejandro (Nicaragua)

Sidekum, Antonio (Brasil, Universidad de Canoas)

Vermeren, Patrice (Francia, Universidad de París-8)

ISSN 0326-3320

Los artículos firmados son responsabilidad exclusiva de sus autores, y no implican aceptación de sus afirmaciones por parte de la Dirección ni de la entidad editora.

NOTA: A las Instituciones que reciben este Boletín se les sugiere el envío de noticias que pudieran corresponder a los intereses de esta área de FEPAI. Del mismo modo, recibiremos libros para comentar, discusiones de tesis, designaciones de becas, etc.

Copyright by EDICIONES FEPAI, M.T. de Alvear 1640, 1° piso E- Buenos Aires- Argentina

E.Mail: fundacionfepai@yahoo.com.ar. Queda hecho el depósito de Ley 11.723. Se permite la reproducción total o parcial del contenido de este Boletín siempre que se mencione la fuente y se nos remita un ejemplar

La sabiduría de Dámaso Antonio Larrañaga (1771-1848)

María Noël Lapoujade

Mi propósito es el de evocar la figura de Larrañaga. ¿Por qué? Ante todo, por su sabiduría. Además, por la necesidad de traer al presente un espíritu universal lo cual, en nuestros tiempos, denota una “especie en extinción”. Por último, porque el sentido último de la historia es rescatar del olvido personajes que han dejado su impronta en la humanidad, sea cual sea el campo de su acción. El presente estudio hace énfasis en aspectos aparentemente poco significativos de este ser excepcional porque me propongo mostrar que lo aparentemente insignificante, lo secundario reviste una profunda significación que lo vuelve primordial.

El método con el cuál esbozaré algunas facetas de esta compleja figura histórica es: primero el de señalar –sobre la base de sus escritos– la trama de sus conocimientos, que lo hacen al modo de los modelos renacentistas un *uomo singolare, uomo unico*.. Segundo, de la trama de los diferentes saberes y actividades de nuestro polifacético personaje enfoco solamente ciertas ideas filosófico-pedagógicas fundamentales. Tercero, saco a la luz algunas resonancias de sus hallazgos en científicos franceses contemporáneos suyos.

Retrato

Auguste de Saint-Hilaire deja este breve retrato:

“he encontrado un hombre de una cincuentena de años, que tiene un rostro largo pero lleno, la nariz desmesuradamente larga, una sonrisa muy agradable, grandes ojos que anuncian espíritu y vivacidad”¹.

Las ciencias

Observador atento, curioso, infatigable, minucioso, objetivo. Observador del cielo y de la tierra.

¹ Auguste de Saint-Hilaire (1779-1883) en J-A. Dupray, *L'Uruguay dans le cœur des français*, A. Ediciones del Bichito, Montevideo, 2000, p.321. La traducción es mía.

Su ojo escruta todo lo que puebla el mundo natural: plantas, animales, fósiles, piedras. Gran observador hasta que su vista cansada se extingue. Evoco en este sentido a Galileo otro gran observador.

Observador del hombre, sus etnias, sus costumbres, sus psicologías, sus maneras de vivir. Observador del espíritu humano.

Por ello ha sido un valioso *testimonio* de su tiempo, del mundo, la vida, el hombre; y del pasado en sus vestigios.

Su **método** de investigación consiste fundamentalmente en recoger con paciencia y lentitud los resultados de sus observaciones en *descripciones* claras y objetivas.

Todo ello aunado al estudio de las obras de las más diversas ciencias, ha moldeado su espíritu científico, y las ciencias que practica y desarrolla: la geografía, botánica, zoología, paleontología, mineralogía, astronomía. Sus investigaciones lo llevan a desplegar sus cualidades de dibujante de plantas, animales y más.

Las humanidades

Como dice Terencio, de Larrañaga es posible afirmar que “nada de lo humano le es ajeno”. Profundo estudioso de la literatura latina. Pero también, *avant la lettre*, las ciencias humanas, tales como la etnología, la psicología y la lingüística.

Reflexionó sobre la sociedad su composición por blancos, indios, negros, mulatos, su funcionamiento en la ciudad de Montevideo, en el campo. Fue actor muy importante en los nudos gordianos de la política de su tiempo en las luchas de poder entre portugueses, españoles, bonaerenses y orientales. Entre ellos estuvo cerca de Artigas, de Rivera, Barreiro y de los líderes políticos en pugna por el dominio de nuestro territorio².

Esta personalidad multicolor se incorpora además a la masonería, la cual defiende sustenta algunos de los valores caros a Larrañaga. En su tiempo la masonería no entraba en conflicto con su vocación religiosa. En todas, el sabio

² D. A. Larrañaga, “Diario de viaje de Montevideo a Paysandú”, en *Antología de textos de Larrañaga*, editada por Carlos Marchesi, Montevideo, Uruguay, 2005. Artigas, Rivera, y otras conspicuas figuras de la historia local.

Larrañaga ejerce alguna faceta de su inquebrantable voluntad de servicio que lo caracteriza.

Sagaz observador, hábil diplomático con espíritu conciliador, ciudadano activo, legislador comprometido. Como legislador su divisa fue que la Economía es la ciencia del Bien Común. Ello implica que las leyes de humanidad deben ser prioritarias, deben estar por sobre las leyes de la economía. La economía no debe perder de vista lo humano, los seres a quienes se aplican esas leyes.

Fue quintero innovador, avizorando lo que más tarde se convierte en complejo agro industrial. Tuvo el sueño parcialmente realizado de crear en Uruguay una industria de seda, para lo cual importó y crió en su propiedad gusanos de seda en moreras plantadas a ese fin. Tuvo conciencia de la necesidad de la forestación. Entre otros una enorme araucaria plantada por él, ha sido testigo de su mentalidad pionera³.

La religión

Jesuita. Su formación teológica, adquirida en Córdoba, fue amplia y sólida, lo que además puede hoy constatarse por sus lecturas. En el contexto de nuestro estudio es importante señalar que el espíritu ignaciano impregna la vida de Larrañaga. La enseñanza ignaciana se concentra en sus Ejercicios Espirituales; es decir, su fe se afianza y transmite en la práctica, tal como realiza Larrañaga. Entre todas las “composiciones viendo el lugar” San Ignacio incluye el “ver la grande capacidad y redondez del mundo en la cual están tantas y tan diversas gentes...”⁴ Enseña siempre el *ver* y el *oír*: que se manifiestan de mil maneras en Larrañaga. En este caso, pide Ignacio: “oír lo que hablan las personas sobre la faz de la tierra...”⁵ Nuestro sabio practicó en su vida social el observar y el escuchar, en su actitud abierta al diálogo. San Ignacio enseña a aplicar los 5 sentidos en la contemplación. En cuanto a la sabiduría de Larrañaga incorpora los 5 sentidos en los diversos campos de sus estudios e investigaciones.

³ N.del E. C. Marchesi, p.57.

⁴ San Ignacio de Loyola, (1491-1556), *Ejercicios espirituales*.

⁵ *Id.*

El *sumun* se da en la “Contemplación para alcanzar amor” dónde San Ignacio afirma: “El amor se debe poner más en las obras que en las palabras”⁶. Así vivió Larrañaga.

Ejerce su apostolado desde el púlpito, hasta la práctica más humilde de su fe. En este sentido evoco el Sermón de Maister Eckhart en que afirma:

“Si el hombre se hallara en un arrobamiento...y supiera de un hombre enfermo que necesitara de él una sopita, yo consideraría mucho mejor que tú, por amor, renunciaras al arrobamiento y socorrieras al necesitado con un amor más grande”⁷.

San Ignacio, quien se autodenomina El Peregrino, por los muchos viajes y peregrinaciones, tiene su émulo en Larrañaga quien, por motivos prácticos, diplomáticos realizó los viajes en los que afianzó su sabiduría científica y humana.

Arzobispo de Montevideo. Fue el primer jefe de la iglesia uruguaya.

La Pedagogía

En los más diversos órdenes, instituciones, cargos sale a luz su vocación por enseñar. Su actitud fue siempre la del diálogo abierto, a todo nivel desde el más humilde hasta el más culto interlocutor.

En sus reflexiones sobre *La educación* afirma que en general se reciben tres géneros de educación: de los padres, de los maestros y del mundo. Todas deben mirar a un fin común. Tesis fundamental a sostener en la actualidad, pues para una formación integral del individuo como ser social productivo es preciso que se complementen los diversos géneros de educación. Otro principio vigente por necesario, en su sentido más amplio, en la época actual es el que

“la sociedad debe seguir y no resistir a la naturaleza; además de que siempre que intentamos alterar alguna cosa de su natural dirección, es seguro de que

⁶ *Ibíd.*

⁷ Meister Eckhart, (1260-1327), “Pláticas Instructivas” en *Tratados y Sermones*, Edhasa, Barcelona, 1983, 10, p.106.

volverá con celeridad a su antigua posición: no podemos contender mucho tiempo con ella ni en el orden físico, ni moral del mundo”⁸.

Considera que en la democracia representativa debe prevalecer la verdad fundada sobre la razón y la naturaleza, y debe atender prioritariamente a la propagación de conocimientos “exactos y sólidos”, pues continúa el gran pedagogo, “la ilustración (está) esencialmente unida con la justicia, la igualdad y la sana moral”⁹.

Continúa con una crítica acerba del “lujo pernicioso”, del generalizado y prevaleciente “amor al dinero” como trabas para estimular la formación de un ser humano “grande”. Respecto de los gobiernos sostiene enfáticamente que “la más importante operación de la rentas es sin disputa la devolución de los impuestos al pueblo”. Su crítica aguda señala además el daño de la corrupción¹⁰.

Del punto de vista ético el antídoto a tanto desajuste social es el “amor de sí mismo”, idea central en Montaigne, Rousseau, Kant. Es preciso distinguir con los filósofos y con nuestro sabio: el “amor de sí” del “amor propio” el cuál es el egoísmo indiferente a los demás, el vivir para sí sin importar el otro que está junto. El amor de sí implica el cuidado de sí y su conservación, así como el amor a todo lo que contribuye a la conservación de su ser. La universalidad de esta norma trae como consecuencia el logro de una vida sana y digna para cada uno. Todo lo cual redundará en una convivencia social pacífica¹¹.

Toda su sabiduría teórica, será enseñada en su tiempo y a futuras generaciones pues es el Fundador de la Biblioteca Nacional de Uruguay (1816), lugar donde se tocan los espacio-tiempo pasados, presentes y futuros. En su bellísimo discurso de inauguración clama porque “hoy deben cesar ya estas odiosas discordias” de las luchas políticas vividas. Larrañaga afirma:

“Una biblioteca no es otra cosa que un domicilio o ilustre asamblea en que se reúnen, como de asiento, todos los más sublimes ingenios del orbe literario, o

⁸ D. A. Larrañaga, “De la educación” en *Antología de textos de Larrañaga*, editada por Carlos Marchesi, Montevideo, Uruguay, 2005, p.195. En este pasaje aplica el principio general al caso en que la educación institucional separara los hijos de los padres.

⁹ *Ibíd.*, p.198.

¹⁰ *Ibíd.*, p.199-200.

¹¹ *Ibíd.*, p.200.

por mejor decir, el foco en que se reconcentran las luces más brillantes, que se han esparcido por los sabios de todos los países y en todos los tiempos”¹².

Pensamiento filosófico

Asimismo manifiesta la necesidad de estudiar “el gran libro de la Naturaleza”, la observación, la descripción, la clasificación. Estudio en el que su sabiduría pionera hizo historia.

Su pensamiento asume posición respecto de las lenguas, escribe su obra sobre la lengua guaraní¹³. Esgrime una postura clara respecto de temas relevantes de ética, estética, antropología, teología. En sus diarios de viaje aflora la trama multicolor de este hombre universal. Allí también se da tiempo para observar la arquitectura y el arte de todas las iglesias del camino, en las que describe y valora sus obras de arte religioso: pinturas, esculturas, mobiliario. También escucha y valora la música que le ofrecieron en diversos lugares interpretadas por los indios de las misiones. Sin embargo Larrañaga es consciente de la relatividad de los juicios de lo bello. En tal sentido afirma:

“¿Quién ha fijado hasta ahora los verdaderos caracteres de la hermosura? ¿Sobre qué cosas tienen los pueblos ni más caprichos ni más extravagancias que sobre esto? Lo que hoy es muy hermoso mañana es feo. La moda más ridícula en siendo adoptada parece la mejor... La verdadera filosofía pues debe ser muy circunspecta en su crítica...”¹⁴.

En rápidas pinceladas su pensamiento defiende tesis filosóficas de total actualidad. Pregona la fraternidad, manifestada en su rechazo de la esclavitud, pide la abolición de la pena de muerte. Por sobre todo es incommovible defensor de la libertad humana y de la libertad de pensamiento, proclamada y ejercida en los más diversos contextos. Respecto de la Biblioteca sostiene:

“Toda clase de persona tiene un derecho y tiene una libertad de poseer todas las ciencias por nobles que sean. Todos podrán tener acceso a este templo

¹² D.A. Larrañaga, “Discurso inaugural de apertura de la Biblioteca Nacional”, editor Carlos Marchesi, ob.cit. p.64. D.A. Larrañaga, *Selección de Escritos*, Biblioteca Artigas, Col. de Clásicos Uruguayos, vol 92, Ministerio de Instrucción Pública y Previsión social, 1956.

¹³ D.A. Larrañaga, *Idíd.*, p. 68.

¹⁴ D.A. Larrañaga, *Idíd.* p. 107.

augusto de ellas.[...] a todos se descubrirán los misterios más recónditos de la política que debe gobernarnos y de la sacrosanta religión que profesaremos. Ni ésta ni aquella deben temer otra cosa que la ignorancia y la superficialidad del pedantismo, monstruo aún más perjudicial a la sociedad y a la religión”¹⁵.

Resonancias

El botánico francés Auguste de Saint-Hilaire deja un valioso testimonio de sus visitas a Larrañaga:

“M. Larrañaga, cura de Montevideo de quien me han hecho el elogio desde Porto Alegre, me recibió con amabilidad y pronto ha sido cuestión de botánica. Tuve un placer que no había sentido desde Río de Janeiro y ha sido muy grande: el de conversar sin cese de la ciencia que me ocupa, con un hombre que la cultiva con verdadero éxito. Sin el apoyo de un herbolario, sin jamás haberse comunicado con un botánico, M. Larrañaga solamente con algunos libros ha llegado a determinar perfectamente un gran número de géneros difíciles. Ha redactado un catálogo de 700 plantas que ha recogido cerca de Montevideo. En lo del abad Larrañaga yo he pasado todas mis veladas cuando estuve en la ciudad”¹⁶.

Por su parte, Louis-Claude de Freycinet en su escala en Montevideo en 1820 narra brevemente su visita a Larrañaga en estos términos:

“El cura de Montevideo, don D.A. Larrañaga, hombre de una instrucción variada, se ocupa con éxito del estudio de las ciencias y particularmente de la historia natural, de la meteorología, de la astronomía. Todos los años publica un almanaque dónde da un resumen de sus observaciones y otros detalles curiosos”¹⁷.

Un breve pasaje de una carta de Larrañaga a Saint-Hilaire ha provocado repercusiones científicas importantísimas.¹⁸ Nuestro sabio comenta a Saint-Hilaire que

¹⁵ D.A. Larrañaga, *Ibíd.*, p. 65.

¹⁶ Citado por J-A. Duprey, *ob. cit.* p.216. La traducción es mía.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 274.

¹⁸ Las referencias a Cuvier, a The Royal Society of London, las *Mémoires de l'Académie...* de Dijon se encuentran en google.fr, *Lettres de Larrañaga à Auguste de Saint Hilaire*.

“no le escribo de mi daypus (*megatherium Cuv*) pues será objeto de una memoria. He obtenido un fémur encontrado en el Río del Sauce, rama del Solís Grande. Pesa aproximadamente 7 libras, es corto, de 6 a 8 pulgadas de largo, semejante al fémur de un armadillo (tattoo). Le envío una de las escamas de la cola, que es muy corta y muy gruesa [...]”.

Fue la primera noticia sobre un vestigio óseo del Glyptodonte. Este extracto de carta está insertado y citado por el naturalista francés Georges Cuvier, en sus *Recherches sur les ossements fossiles*, de 1836. Cuvier agrega: “Debemos esperar con impaciencia la memoria importante que esta carta nos promete”. The Royal Society of London, en sus *Philosophical Transactions*, de 1865 cita la carta de Larrañaga como el primer dato científico sobre este fósil. Las *Mémoires de l'Académie Impériale des Sciences, Arts et Belles-Lettres* de Dijon, (1856) se hace eco y cita ese pasaje de Larrañaga, sencillo, austero, objetivo, sin vanidad. Resonancias importantes de una de las vetas frecuentemente olvidada de los multifacéticos conocimientos de este sabio universal.

A nosotros latinoamericanos hoy, la vida y la obra de Larrañaga nos invoca. Asomemos nuestros ojos más allá de los muros invisibles de nuestros feudos geográficos, socio-políticos, culturales. Afiancemos nuestros ideales de libertad en la tolerancia abierta de las diferencias nobles que apuntan a encontrar una vida humana digna y plena.

Sobre la cultura argentina

Dulce María Santiago

A partir de diciembre de 2015 se inició en la cultura argentina una nueva etapa que parece haber cerrado el ciclo que comenzará el kirchnerismo en el mundo intelectual. La relación de la política con la cultura ha sido una constante, especialmente marcada con Cristina Kirchner quien le dio a la dimensión simbólica una importancia fundamental a través de su permanente referencia al “proyecto de país” que tenía en el horizonte político.

Esta característica relevante de la última época K no pasó indiferente en algunos medios que se preocuparon en destacar que el cambio de la política traería aparejado un nuevo diseño de la vida cultural en la sociedad argentina. Algunos titulares como “¿Hacia una nueva cultura política?” frente al imprevisto resultado de las elecciones, planteaban uno de los interrogantes más profundos en cuanto al futuro del proyecto nacional. Sin duda el interrogante anticipaba el viraje de la dimensión ideológica por cuanto la nueva etapa estaría signada por un nuevo contenido en su política exterior e interior.

En el artículo del diario *La Nación* titulado *¿Hacia una nueva cultura política?* del 1º de noviembre de 2015 dice Walter Curia: “todavía queda la incógnita sobre cuánto hay arraigado de lo viejo en las conductas individuales.”

El cambio cultural se vislumbra desde sus comienzos como un auténtico nuevo ciclo que implica cambiar tanto el contenido como la forma en que política y cultura se relacionan.

También en *La Nación*, el 13 de diciembre de 2015, con el sugestivo título de *Después de la batalla cultural. Cómo pasar de la grieta a los matices*, se hace un balance sobre lo que ha dejado el gobierno saliente en el mundo intelectual y esboza el panorama futuro con un subtítulo no menos significativo: *Tras doce años de división K y anti K, en el mundo intelectual se reconfiguran posiciones y se alerta sobre nuevos antagonismos*.

En cuanto a la política llevada a cabo durante los años anteriores, el juicio del autor –Fernando Sánchez– es que:

“La ‘batalla cultural’ kirchnerista se alimentó de esa división oficialismo-oposición, que proveyó justificaciones teóricas a través del grupo de intelectuales orgánicos Carta Abierta. Pero que también tuvo componentes materiales: el Estado dio trabajo a parte del mundo de la cultura, lo mimó con recursos y posibilidades, que algunos aprovecharon con calidad y honestidad, y otros como soldados del modelo. En el mundo universitario, la ‘grieta’ separó cátedras, objetos de estudio y hasta bibliografías”.

Y respecto de la proyección de la nueva política cultural hay diferentes opiniones:

- “Es un misterio”, se sincera Pablo Alabarces, doctor en Sociología por la Universidad de Brighton e investigador del Conicet. “Las posiciones pueden llegar a recomponerse de modos muy variados. Dependerá mucho de las políticas culturales-comunicacionales-educativas, que impactan más directamente sobre las prácticas de estos actores (nuestras prácticas), y de las políticas socioeconómicas. Pero también de los juicios que se formulen sobre ellas, y del peso que tenga la valoración del pasado: las heridas que dejó el kirchnerismo en la comunidad intelectual fueron varias, y no todos están dispuestos a perdonarlas simplemente porque ‘contra Macri estaremos mejor’”.

- Para la politóloga Liliana De Riz, el porvenir es más prometedor. “Tras la crisis de 2001, el gobierno de los Kirchner operó como un parteaguas, escindiendo intelectuales del régimen e intelectuales ‘destituyentes’, contruidos a su imagen y semejanza. Fueron los tiempos de los intelectuales ‘cortesanos’ guardianes del régimen dispuestos a votar ‘desgarrados’ al candidato de su presidenta. Los tiempos que se inauguran son tiempos de cambio y oportunidad de debates sobre cómo construir un futuro que no sea pura amenaza y cómo sostener una democracia que respete a las minorías”, se entusiasma.

- Según Marcelo Leiras, politólogo y director del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de San Andrés, la tal grieta tiene algo de invención. De tajo inútil, y por eso destinado a desaparecer tras la salida del poder del espacio que le dio sustento.

- El escritor Leopoldo Brizuela sostiene: “El punto fundamental, me parece, es **qué tipo de política cultural quiere llevar adelante Pro, qué**

idea tiene de la cultura en general (y sobre esto, por supuesto, soy pesimista). Quién lleve adelante esa política, si es buena o mala persona, más o menos progresista) es un problema secundario”.

Si bien las opiniones son variadas, el punto en común pareciera ser la incertidumbre respecto del proyecto del gobierno en esta materia.

En *La Nación*, con el título *La cultura, una política pública sin debate*, el 14 de agosto de 2016, dice Diego Genoud después de señalar la indefinición de la cultura y, por ende, de la política cultural:

“El actor y director de teatro Rubén Szuchmacher, uno de los primeros críticos de Mahler, señala la **falta de un plan estratégico para la cultura** en el actual gobierno. El macrismo –señala Szuchmacher– **apuesta a la espectacularidad de la cultura y no a trabajar sobre su conflictividad**. Básicamente le **temen a la cultura, que no entienden**”.

Agrega también Szuchmacher que el Secretario de Cultura, Enrique Avogadro, “reconoce que el primer problema de la gestión pública es la incapacidad de reflexionar sobre lo que se está haciendo”.

Avogadro opina que se da un falso debate entre cultura del espectáculo y gestión cultural y que las dos cosas deben combinarse.

“Con una perspectiva regional, se ve claramente que hay una deriva de la política cultural a la cultura del espectáculo. Los ministerios solamente organizan eventos. Por eso estamos hablando con el BID para pensar la cultura como factor de desarrollo”, explica.

Y también: “Lanzamos un laboratorio de innovación cultural que busca pensar permanentemente la forma en que gestionamos cultura en la Argentina”.

Queda claro que la “gestión” es la visión fundamental del gobierno actual respecto del tema, pero también lo fue del anterior, según el sociólogo y escritor Hernán Vanoli:

“En la Argentina la especificidad de la cultura nunca termina de quedar clara. Es utilizada como rueda de auxilio de políticas de contención o desarrollo

social o como rama de un ministerio de producción o de economía: la economía creativa y las industrias culturales”.

Y más adelante:

“El kirchnerismo y el macrismo privilegian la dimensión económica, uno desde una perspectiva populista-desarrollista focalizada (subsidios para los pobres o no rentables, reuniones y entornos de negocios para las clases medias) y otro desde una perspectiva similar pero sin subsidios y con el curioso sistema del mecenazgo. Nadie sabe cuáles son los objetivos de la gestión cultural por cada disciplina, ni cómo esos objetivos se concatenan en un plan más general”, dice.

Estas consideraciones acerca del cambio de rumbo en la política general y, como consecuencia de ello, en la política cultural, entendida fundamentalmente como “gestión”, nos llevan a preguntarnos –como lo hizo la *Revista Ñ* en su edición del 5 de diciembre de 2015– *¿Qué se espera de una gestión cultural?* en una nota escrita por Horacio González donde figuran las opiniones de algunas voces polifónicas.

Diana Dowek, artista plástica, dice:

“Creo en una concepción de la cultura ampliamente democrática, científica, popular, con sentido nacional e independiente de todos los centros de poder internacional, reconociendo la cultura y nacionalidades de los pueblos originarios, con énfasis también en el federalismo. Es preciso alfabetizar a los miles de excluidos e incorporar en la currícula la educación por el arte y la cultura”.

Y cree que

“debe cesar el uso de los medios públicos de comunicación como propiedad del gobierno actual-saliente, que lo necesita para instalar un “relato” falaz, que cuenta con conversos y/o mercenarios que han renegado del modelo gramsciano que algunos simulan seguir y que es el papel del intelectual crítico de todo poder de las clases dominantes y su grupo hegemónico”.

Gabriela Massuh, Directora editorial de Mardulce, opina que:

“Ambas gestiones tienen puntos en común: ignoran en gran medida la conservación del patrimonio tangible e intangible, la necesidad de una educación artística pública y carecen de una visión de la cultura como integradora social”.

Carlos Díaz, sociólogo Director de *Siglo XXI Editores*, reconoce que:

“Un rasgo notable de estos doce años es que la política cultural excedió ampliamente lo realizado por el Ministerio de Cultura de la Nación y se tradujo en proyectos valiosísimos desarrollados por los ministerios de Educación, Ciencia y Tecnología, Derechos Humanos o la Cancillería”.

También que:

“Argentina es un país consumidor pero también productor de cultura. Creo que está garantizada la continuidad de la excelente oferta cultural, pero me preocupa más la producción [...] En esta línea, proyectos como el del Instituto Nacional del Libro Argentino deberían volver a discutirse.”

Para Adrián Caetano, director de cine,

“La cultura necesita de diálogo, discusión y confrontación, dentro de un marco de respeto al trabajo ajeno [...] Desde mi punto de vista, debe mantenerse lo construido, las leyes, las bases”.

Adriana Rosenberg, Directora del *Centro Cultural PROA*, considera que

“La tarea cultural no debe estar ligada a los vaivenes de la política. Esto es lo que considero que debe modificarse. Se debe profesionalizar la tarea cultural a través de concursos, para que el nombramiento de sus directivos no resulte determinado por lo político”.

¿Conclusión?

Lo que parece claro después de la diversidad de opiniones de vertientes tan distintas, es la impresión de comenzar un nuevo ciclo en el cual el balance que puede hacerse de la gestión anterior es relevante en la materia, ya que la política cultural del gobierno anterior ha sido bastante definida y ha dejado una clara visión de lo que pretendía en materia cultural. En cuanto a la etapa que comienza, pareciera

todavía indefinido el contenido de dicha gestión y más bien direccionado hacia el espectáculo y la industria.

Fuentes:

- “¿Hacia una nueva cultura política?”, *La Nación*, domingo 1º de noviembre de 2015. Por Walter Curia.
- “Después de la batalla cultural. Cómo pasar de la grieta a los matices”, *La Nación*, domingo 13 de diciembre de 2015. Por Fernando Sánchez.
- “La cultura, una política pública sin debate”, *La Nación*, domingo 14 de agosto de 2016. Por Diego Genoud.
- “¿Qué se espera de una gestión cultural?”, *Revista Ñ*, 5 de diciembre de 2015. Por Horacio González.

La presencia de la filosofía ambiental en las Jornadas de FEPAI y en otros proyectos vinculados a esa institución

Alicia Irene Bugallo

Hemos tratado de testimoniar nuestra participación –desde el área de la filosofía ambiental– en distintas mesas temáticas de las Jornadas FEPAI, desde el año 2009.

Asimismo, nuestra temática ha resultado afín a uno de los objetivos del Proyecto ECOEPISTEME liderado por Celina Lértora, por lo que hemos también participado en algunos de sus Simposios.

Por último, consignamos la integración –durante 2015-2016– a la novedosa investigación sobre historiografía de la filosofía en la Argentina.

En todos los casos hemos cumplido con la producción de materiales que aparecen hoy publicados en los distintos soportes de difusión y registro que sostiene FEPAI.

1. Primera línea de trabajo y participación

Se trata de testimoniar nuestra presencia activa –desde el área de la filosofía ambiental– en distintas mesas temáticas de las Jornadas FEPAI, desde el año 2009.

1. 1. En primer lugar destacamos la posibilidad de nuestra participación en distintas mesas temáticas de las Jornadas FEPAI, desde el año 2009; así, hemos integrado y organizado Mesas sobre:

- “Ecofilosofía”, 2009;
- “Abordajes actuales de la filosofía ambiental”, 2013;
- “La filosofía ambiental hoy; ampliación de su campo temático”, 2015;

1. 2. De las cuales surgieron los artículos publicados por FEPAI:

- “Aspectos filosóficos relevantes en el *Movimiento Ecología Profunda*”;
- “La filosofía ambiental como filosofía no confinada; tensiones, controversias, complejidad”;
- “Filosofía ambiental, ontología y ciencias naturales”.

2. Segunda área de integración

Nuestra temática resulta afín a uno de los objetivos del Proyecto Ecoepisteme 1. Cuestiones marco. 1.1. Abordaje filosófico, ecofilosofía

2. 1. Por lo que hemos participado en algunos de sus Simposios, tales como:

- “La cuestión ambiental: temas y problemas”, 2012;
- ‘Temas ambientales en agenda’, 2013;
- ‘La cuestión ambiental ayer y hoy: documentos para su historia’, 2015.

2. 2. Con sus correspondientes trabajos publicados, entre los que mencionamos:

- “Filosofía ambiental y conservación biocultural: experiencias de integración en la Reserva de Biosfera Cabo de Hornos”, 2012;
- “Antropocentrismo débil y economía verde; una mirada crítica desde la filosofía ambiental”, 2013;
- “Tipología de publicaciones colectivas sobre filosofía ambiental en la región”, 2015,
- “Las ciencias socio-ambientales y su vínculo con en el desarrollo de la ecofilosofía contemporánea”, 2016.

3. Tercera línea de trabajo común

Por último, consignamos nuestra participación en uno de los proyectos de investigación liderados por Celina Lértora, como es el de: “Filosofía argentina reciente. Nuevos enfoques historiográficos”, en el cual nosotros estamos avanzando con la línea: “Aspectos y tendencias de la recepción y asimilación de la filosofía ambiental en nuestro país”

- “Aspectos de la recepción y asimilación de la filosofía ambiental en nuestro país”, 2015;
- ““Filosofía ambiental y experiencia hermenéutica en la confrontación y defensa de la naturaleza; algunas perspectivas desde Arne Naess”, 2016.

UNESCO 2015: Un análisis crítico

Enrique Puchet C.

Este artículo reúne una serie de observaciones acerca del reciente documento de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO, 2015), obra de un grupo de expertos a los que se les propuso “replantear la educación en un proceso de cambio”. El texto de UNESCO se publica con el título: *Replantear la educación: ¿hacia un bien común mundial?*

De la amplitud del estudio de la Organización da idea su Índice: 1. El desarrollo sostenible: una preocupación mundial, 2. Reafirmar una visión humanista; 3. La formulación de políticas de la educación en un mundo complejo; 4. ¿La educación como bien común?

Desde un ángulo diferente del de los expertos, nos permitimos desarrollar anotaciones críticas que versarán, precisamente, en lo esencial, sobre el aspecto que aparece como dominante: la supuesta “visión humanista” que UNESCO afirma sustentar a estas horas. Creemos que, a un lado las intenciones, es dudoso que tal “visión” alcance aquí un nivel de madurez como para orientar a los practicantes de la educación –que de ellos finalmente se trata– en medio de las incertidumbres del presente subrayadas, eso sí, con insistencia. Desde el ángulo de la Filosofía de la Educación, tomada esta como referencia liminar y no como afiliación doctrinaria, pensamos que este texto de UNESCO demuestra a qué distancia, a qué grande distancia, nos encontramos de la posibilidad de enunciar para nuestro tiempo un Humanismo que sea, a la vez, vital y pleno de contenido. Creemos identificar la razón de la debilidad. Los planteos sobre educación, los que actualmente se hallan en boga, padecen de una inhibición persistente: a fuerza de pregonar el pluralismo de formas culturales, van a dar a un equilibrio anodino en el que no hay lugar para el desarrollo de las expresiones que son, justamente, los componentes de esa pluralidad que se quisiera más productiva que cualquier hegemonía. A lo que se agrega este factor nada desdeñable: cada vez que se apunta a la participación de **Occidente**, la inhibición se vuelve algo así como una conciencia de culpa que impide avanzar sin la sospecha de estar sofocando las formas alternativas. Esto es particularmente significativo, porque, sea cual fuere nuestra autoridad para opinar de estos temas, ¿cómo sustraernos a la condicionalidad **occidental** de nuestras palabras, con toda la modestia que debamos reconocerles? En términos deportivos que hoy son usuales:

nos encontramos ante un “empate” en el que, para peor, *uno* de los competidores tiene que admitir que “no juega limpio”...

Los párrafos que siguen constituyen un esfuerzo por aclarar y fundamentar las afirmaciones precedentes. Está sobrentendido que se necesitarán enfoques más eruditos y pareceres emplazados de otros modos.

1.

“El gasto militar mundial no ha cesado de aumentar desde 2000”

“Las tecnologías digitales están transfigurando la actividad humana”

El Informe se alinea decididamente con los diagnósticos para los que la situación actual es una coyuntura signada por la novedad. **Nuevo**, es un epíteto repetido incansablemente: “Estamos iniciando una fase histórica nueva...”, y la caracterizan sin duda posible “nuevos niveles de complejidad, inseguridad y tensión... Tendrá que haber, pues, una visión nueva de la educación, inspirada por una visión humanista de la educación y del desarrollo”. Y podríamos seguir citando.

Junto con el regreso del antes desprestigiado “desarrollo”, llama especialmente la atención este retorno de un concepto clásico, *Humanismo*, de sabor inequívocamente occidental, en un contexto en el que se reclama una visión renovada. Convendrá examinar, ahora y en el futuro, si se está pensando (por parte del Informe) en una recuperación puramente formal y sólo reactiva, o si, en efecto, se trata de un contenido bien determinado que recuperaría una noción prestigiosa.

Nuestra impresión es que los expertos de la UNESCO se quedan a mitad del camino. Parecen confiar en que la enumeración de calamidades basta para definir, por contraste, ese humanismo del que andan en busca y que se condensaría en fórmulas como “dignidad humana”, “bienestar humano”, etc. Abundan denuncias de muy diverso orden: alusiones a la violencia, la drogadicción, los fanatismos; se desearía, es verdad, algo más explícito sobre la calamidad del armamentismo. Coexisten con temas de más directa relación con la educación tal como se la supone existente. Uno de esos temas asoma varias veces e invita a considerarlo con más atención. Es el de *la* inadecuación entre Educación y Empleo, magna cuestión que se nos aparece como un nudo de problemas en el que están implícitas las opciones más decisivas en torno a Humanismo-y-Técnica, Cultura-y-Especialización, Trabajo-y-Ocio. Al menos en las palabras, se nos exhorta repetidamente a “reconocer y subsanar la separación entre la educación formal y el empleo”. No es bastante decir.

La complejidad del mundo contemporáneo recibe siempre aprobación. Si hemos de creerle al insinuante Informe, el enemigo ha sido el sesgo europeísta u occidental que hasta ahora habrían tenido los planteos de pretendido alcance mundial. Neutralizarlo, sería toda una gran tarea de nuestros días. Nuestra sospecha es que esto acarrea otros sacrificios. Con la parálisis del “occidentalismo” se arriesga acallar una tradición histórica de valor indudable, se estará poniendo a un lado el concepto mismo de historicidad como emergencia de novedades y conciencia de un porvenir siempre abierto. Hace falta prevenir contra la confusión que impide rescatar, del fondo de los horrores de la conquista y la dominación de otras sociedades –la estúpida “misión del hombre blanco” –, el núcleo esencial de valores que la evolución de Occidente ha consagrado como irrenunciables: pensamiento crítico, investigación sin fronteras, búsqueda de modalidades de convivencia siempre más justicieras.

Una voluntad “descolonizadora” se deja percibir en varios lugares. La aceptación franca de la multiplicidad de civilizaciones es aquí un leit-motiv. A cada paso se leen declaraciones como esta: “reconocimiento de la diversidad de cosmovisiones y sistemas de pensamiento - necesidad de mantenerla”. Pero, todavía, hay que preguntar si “reconocer y mantener” implica, o no, abandonar criterios y prácticas que juzgamos indispensables puntos de apoyo. ¿Se preguntará **quiénes** son “los que juzgan”? Pues, los descendientes de *una* de esas culturas, la euro-americana, la cual requiere autocrítica –es uno de sus postulados fundamentales–, no autoextinción. (Valga una anécdota de estas horas. Queremos decir que no hay razón para reprimir la extrañeza que provoca escuchar al musulmán, sin embargo conciliador, que no encuentra qué objetar en la escena del medio doméstico, en que las mujeres presencian y, si es el caso, formulan preguntas al cenáculo exclusivamente masculino en que se debaten los asuntos que atañen a todos...y a todas. A un “occidental”, la escena así evocada no puede menos que traerle malestar. ¿Es que ha de expulsarlo a pretexto de observar fidelidad al “pluralismo”?).

También sobre **multiplicidad** conviene, en efecto, reinstalar la duda. Es preciso evitar un nuevo Absoluto: el del absoluto del Relativismo. Inevitablemente, **todos** –colectividades o individuos– hablan (hablamos, incluso con voz menor) desde sí mismos. Es legítimo reclamar atención, respeto, comprensión hacia las formas que no son las suyas. Pero no es razonable pedir que un círculo determinado *abandone* conquistas que lo definen y, por lo tanto, constituyen su aporte peculiar al fondo común de humanidad. Occidente, necesitado, sí, de autocrítica, hace mal en abrumarse con una conciencia de culpa perpetua. Hay una “mirada” occidental,

hecha de objetividad y de afán de conocer siempre mejor, y sería insensato ver en ella un rasgo de que avergonzarse.

Conviene advertir sobre una posible contradicción, incomprensible en mentes adiestradas en el trabajo intelectual. Las principales exigencias del Informe sólo son sostenibles si nos colocamos en el punto de vista del que el propio texto de UNESCO sugiere desconfiar. Cuando se detallan inequidades en perjuicio de la mujer (en la educación, en el trabajo); cuando se pide una educación “de calidad” que llegue a todos; cuando se condena el privilegio de acceso del que gozan los ciudadanos según “territorios” nacionales o internacionales... cuando se alzan tales exigencias que nadie va a cuestionar, se está hablando en nombre de una conciencia de la dignidad humana que el relativismo no puede menos que comprometer.

2.

En parecido embrollo se mete el Informe mundial al introducirse en un tema que no es frecuente que aparezca en documentos de este tipo. A la vez que se recomienda “examinar alternativas al modelo dominante del conocimiento”, se hace oír una crítica a la tesis de la presunta “superioridad del ser humano respecto de los demás seres vivos” (p. 31). Y unas páginas más adelante (ver p. 36) el lector encontrará con qué sorprenderse al tropezar con la referencia a “filosofías, como la fenomenología o el existencialismo, para las cuales hay una diferencia ontológica entre la humanidad y el resto del mundo natural”. No ha sido habitual que un texto oriundo de las Naciones Unidas difunda caracterizaciones *tan sumarias* de corrientes de ideas proverbialmente complejas. Aconsejable hubiera sido, en este caso, la prudencia.

Es que con esto de prevenir sobre “diferencias ontológicas” se corre el riesgo, un riesgo pleno de consecuencias, de pasar por alto la especificidad de la experiencia humana y, con ello, ignorar los logros que han ido acumulándose a través del tiempo. No se trata de afirmar “superioridad” sino “singularidad”. Es verdad que, al menos en las palabras, la UNESCO aboga por “un humanismo respetuoso de nuestro patrimonio natural y cultural”. La duda es si se está pensando en un *encuentro* que es esencial en toda tarea educativa: el encuentro de estudiantes y de docentes con tradiciones que han estado constituyéndose a lo largo de la historia (si se quiere: de *las* historias); con el cúmulo de adquisiciones en Ciencia, Arte, Ética... que son distintivamente humanas. Aunque se reivindica el papel de la Escuela como institución, no consta que se vea en ella un medio propicio, quizás insustituible, para practicar la convivencia de educadores y educandos con valores y obras cuya

ausencia, o su mero debilitamiento, no favorecen la libertad sino el desvalimiento. ¿Rige esto para los hasta ahora excluidos, para los “olvidados” de los sistemas? La única respuesta es que rige especialmente para ellos.

Según los expertos de UNESCO, hay, sí, lugar para la adquisición de recursos instrumentales (alfabetización, cálculo) y, luego, “un conocimiento básico adaptado al contexto, competencias y valores”. “Adaptación”, es una palabra engañosa. Lleva a desconfiar de lo que va más allá del “contexto”, de lo que trasciende el horizonte dado, el cual, en tal caso, se transforma en **destino**. Subrayemos que también la formación de los docentes queda reducida a capacitación pedagógica. A juzgar por este documento, hemos de declarar que están lejanos los tiempos en que se sostenía que los maestros de los enseñantes no son otros que los investigadores, los que han ensanchado el patrimonio histórico en técnicas, ideas, sensibilidades.

El ánimo descolonizador procura hacer justicia, corregir la imposición de un modelo dominante. Para esto, el remedio es: “un aprendizaje adecuado (que) deberá responder a lo que cada cultura, cada grupo humano defina como necesario para vivir con dignidad”. O, ratificando: “aceptar la expresión de otras epistemologías y otros modos de entender el bienestar humano, para centrarse así en la importancia de la educación como bien común”.

¿Cómo evitar que, así, se esté consagrando un enfoque de la educación que obedecería a una especie de *principio de gueto*: un pluralismo de manifestaciones que no se abrirían a influjos externos eventualmente benefactores?

*

En la literatura actual acerca de estos temas es perceptible un cierto desplazamiento de significados. Los términos tienden a asumir sentidos militantes; lo que no favorece la claridad. “Común”, “comunidad”, gozan de preferencia respecto de “público”, y éste, a la vez, por oscuras razones, circula asociado con individualismo. “Bien común”, no es ya lo que trasciende fronteras culturales o étnicas, sino, al contrario, lo que es poseído y valorado *dentro* de colectividades determinadas en lo que estas tienen de diferentes de otras. Leemos:

“Lo que se entiende por bien común únicamente se puede definir en relación con la diversidad de contextos, cosmovisiones y sistemas de conocimiento” (p. 86).

Puesto que aquí se trata de un elogio tanto como de una definición, es pertinente hacer notar que, de esta manera, se abre cauce a una incontenible endogamia valorativa cerrada a la crítica y, por ende, a la posibilidad de alcanzar formas más elevadas de pensar, sentir y hacer. ¿Advierte la UNESCO que está canonizando el inmovilismo?

3.

Concluiremos refiriéndonos a un tema que se reitera a lo largo de las páginas que hace conocer la Organización mundial: la desconexión entre la educación formal y el empleo; asunto sobre el que exhortamos a reflexionar a quienes poseen mayor competencia que la menguada que es la nuestra.

Digamos que nada hay que objetar a esta muestra de realismo. Una concepción humanista no es aquella que se desentiende de la vida práctica, sino la que puede probar que sabe entenderse con el hecho puro y simple de que las personas buscan insertarse en el mundo del trabajo. Quejas y exigencias se escuchan a cada paso: de empresarios (las más apremiantes); de responsables de la política económica de los Estados, sea cual fuere el grado de su lucidez; de padres y tutores (desde los sectores humildes, todo un clamor por una educación “que sirva para la vida”). Menos audibles son las voces de operarios en general, disimuladas tras el consabido “reclamo salarial”.

El discurso ordinario no produce escándalo. Nadie se sorprende ya de este lenguaje de economistas: “Al final, la educación es la construcción de la productividad, la eficiencia y la innovación tecnológica”. Una profecía habitual reza: “En el futuro no hay más que Ciencia, Tecnología e Innovación”.

¿Qué posición asume el replanteo de UNESCO ante el avance, incontrastable, de las tendencias abusivamente llamadas “pragmáticas”? Su postura no está libre de inconsecuencias. Por un lado, se pueden leer críticas de este tenor:

“Hay que sobrepasar la visión estrictamente utilitaria y el enfoque de capital humano...La educación no considera únicamente la adquisición de aptitudes sino también la de los valores de respeto a la vida y a la dignidad humana necesarios para que reine la armonía social en un mundo caracterizado por la diversidad” (p. 37).

Sin embargo, en otros lugares, “capital humano” no inspira las mismas reservas, puesto que se lee: “capitalizar plenamente (sic) el potencial que entrañan todas las posibilidades de aprendizaje” (p. 66).

¿Vacilación? ¿Coexistencia de puntos de vista heterogéneos que no han acabado de dirimir sus discrepancias? En cualquier caso, no nos ha parecido inoportuno anotar estas falencias en un texto del que era legítimo esperar una exposición menos oscurecida por el equívoco.

Enero de 2016

COMENTARIO

ANDREA DÍAZ GENIS, *La formación humana desde una perspectiva filosófica. Inquietud, cuidado de sí y de los otros, autoconocimiento*, Prólogo de Carlos A. Cullen, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2016, 188 pp.

La autora es una destacada profesora e investigadora de la Universidad de la República que se ha dedicado a indagar y reflexionar sobre la condición humana de la modernidad y la postmodernidad, incluyendo la perspectiva del cuidado de sí como tarea de la filosofía, rescatando una venerable tradición que se remonta por lo menos hasta Sócrates. En 2010 compiló junto con Enrique Puchet, la obra *Inquietud de sí y educación*. No es un dato menor que el libro esté dedicado a sus padres y a este reconocido pensador montevideano.

La cuestión de la educación, en su más amplio sentido, es el eje articulador de la obra. Carlos A. Cullen, en su “Prólogo”, lo resume con estas breves palabras “Este libro se orienta a tratar de resignificar hoy la filosofía de la educación, insistiendo precisamente en relacionar la educación con la formación humana” (p. 11). Efectivamente, la “filosofía de la educación” tal como se la suele enseñar en medios académicos, es apenas un centón de datos sobre lo que pensaron diversos filósofos y educadores sobre la forma de educar (al niño, al pueblo, a la mujer, etc.) muchas veces sin tener en cuenta el variado lugar sistemático de esta preocupación en la obra de dichos filósofos, e incluso soslayando el imprescindible marco antropológico. Por otra parte, tampoco puede omitirse el hecho de que la filosofía de la educación, ha sido -y es- parte del currículo pedagógico y se integra -y debiera articularse- con disciplinas que se ven como afines: la pedagogía, la metodología y la didáctica. Hay que decir también que la articulación (cuando la hay) no siempre es clara y eficaz para potenciar el contenido formativo de currículo pedagógico en vistas a la formación del docente. Coincido con el prologuista en que planteos como el de este libro motivan e incitan a replantearnos el sentido de la formación docente.

La obra se articula en tres partes. Las dos primeras constituyen un contrapunto histórico de ideas sobre la formación humana. La tercera aborda un replanteo de la filosofía de la educación a partir de los resultados de las anteriores.

La primer parte se refiere al tema de la formación humana en perspectiva socrática, leída a través del testimonio de Platón, especialmente la *Apología*, cuya relectura presenta como un “ejercicio espiritual”, teniendo a la vista las reflexiones de Foucault y Hadot; de *Fedón* nos plantea desde otra perspectiva el pedido final

de ofrecer un gallo a Esculapio, recuperando las visiones de Nietzsche y Foucault: la relación entre el cuidado de sí y la elección de la muerte. En tercer lugar, el *Banquete* nos introduce en lo que la autora califica de “eros pedagógico”, reflexionando sobre el vínculo maestro-discípulo, reforzando ideas con textos del *Laques*. La autora muestra esta constante socrática, con matices, en textos que van desde su juventud (*Apología*, *Laques*) a la definitiva madurez (*Banquete*). Su afirmación conclusiva es que “hay una centralidad del cuidado de sí en la relación pedagógica establecida entre maestro y discípulo en el contexto socrático platónico” (p. 74). En otros términos, es una visión de la filosofía como forma de vida, que busca transformar la existencia a partir del autoconocimiento y del cuidado de sí, visión que -añade la autora- fue heredada por el estoicismo, el epicureísmo y el cinismo, en tanto fueron escuelas que propusieron -con diferentes variantes- a la filosofía como transformadora de la vida. Más aún, no puede haber enseñanza de la filosofía, de la sabiduría, sin incorporarla a la vida; no hay teoría sin una práctica que la apoye. El cierre de esta primera parte expresa en una frase la interpretación de la autora sobre esta tradición griega: “La vida es el mayor objetivo y la mayor preocupación del filósofo como pedagogo de la humanidad” (p 75).

La segunda parte, dando un gran salto (milenio y medio) nos ubica en un nuevo escenario: la Europa moderna, período del que recoge tres voces alternativamente consonantes y disonantes: Descartes, la Ilustración y Nietzsche, siempre en diálogo con Foucault, especialmente *La hermenéutica del sujeto*. Diferenciándose de la tradicional interpretación de Descartes, la autora presenta su filosofía como forma de vida, a partir de algunas intuiciones autobiográficas del francés: su deseo de saber, su búsqueda de certezas, sus dudas, su apelación al sentido común. En síntesis, la autora nos propone no “culpar” a Descartes por el “cartesianismo” y ver en él facetas que la hermenéutica establecida ha descuidado.

También la Ilustración -tan denostada por un amplio espectro ideológico que va desde el tradicionalismo católico a la postmodernidad- es vista desde una perspectiva inédita, cuyo valor pedagógico queda bien expresado en el título del capítulo “¡Atrévete a saber!”, que la autora vincula, no sin razón, con la larga lucha de los profesores por la libertad de cátedra. Sin negar la pertinente crítica habermasiana a la “diosa Razón” de la Modernidad, la autora se permite disentir con cierta unilateralidad con que suele enténdersela. Y es interesante su planteo contra Rancière (una autoridad indiscutible para muchos docentes y especialistas en temas educativos) y su interpretación de Sócrates opuesta a la presentada en la primera parte.

El tercer momento de esta segunda parte, dedicado a Nietzsche, es la reproducción de un artículo dedicado a exponer el pensamiento educativo de Nietzsche. No puede decirse que desentona con lo anterior, pero sí que se trata de una unidad diferenciada, cuyo nexo con el resto queda más visible en relación a la tercera parte. La autora presenta al Nietzsche no como el “maestro de la sospecha”, ni como el heraldo de la “muerte de Dios”, sino como un gran pedagogo, un filósofo que quiso ser un educador de la humanidad (tal vez, del superhombre). Como la serpiente que se muerde la cola, no precisamente como eternidad ni como retorno de lo mismo sino de lo semejante, pareciera que reencontramos a Sócrates. Un Sócrates más cercano a nosotros y a las vicisitudes que sufrió la humanidad en el último siglo. El mismo Nietzsche tenía conciencia que sería comprendido un siglo después de su muerte; sin embargo, estamos de acuerdo en que, en cierto sentido, la postmodernidad comienza en 1900: comienza cuando se pone en duda todo el entramado que la Modernidad había trazado como incommovible. Y allí está Nietzsche porque, como dice la autora, en una frase que no oculta sus resonancias nietzscheanas: “Los verdaderos educadores son precisamente los grandes genios, que nos muestran hasta dónde puede ir el despliegue de lo humano, e incluso más allá de lo humano: los ultrahombres, faros que nos permiten estar en tensión con nuestra insuficiencia para ser mejores” (p. 121)

Con este andamiaje conceptual la autora enfrenta la problemática central de su interés: repensar la filosofía de la educación, objeto de la tercera parte. En realidad, se trata de repensar filosóficamente la educación, lo que significa en primer lugar caracterizarla de modos distintos a como es usual. Desde luego, se podría decir que para todos -o al menos casi todos- los pensadores del tema, la educación se relaciona con la formación humana. Pero el concepto de “formación humana” se presenta variopinto y en algunos casos ambiguo. La autora se propone deslindar claramente los procesos que pueden llamarse realmente de “formación”, por analogía -interesante, desde luego- con otros procesos que no suelen adscribirse al área educativa: la terapéutica, la espiritualidad y la psicagogía. Nuevamente de la mano de Foucault y reproduciendo un artículo anterior, la autora analiza la tradición helénica del maestro como terapeuta, aquel que sabe cuidar de sí y mostrar a otros esa “*tejné* del alma” para que hagan lo mismo, cada uno a su propio modo. Y en esta perspectiva no duda en calificar a Sócrates de “gran médico del alma”. Si la filosofía cura el alma, es porque lo hace a través de una actividad terapéutica, el “ejercicio espiritual”, ejercicio que practicaban las escuelas helenistas antes de los cristianos, quienes influyeron para dar al término un sentido institucional-religioso que -sin ser totalmente incompatible con el sentido filosófico- desdibujó el proceso.

Dando un gran salto cronológico y cosmovisional, la autora interpreta la teoría del eterno retorno como un ejercicio espiritual, “y el más terrible que puede ser pensado” (p. 132) porque el eterno retorno de lo mismo supone un verdadero “ultrahumano” para poder ser aceptado; pero supone a la vez un gran proyecto educativo para toda la humanidad, en que los aspectos resentidos de nuestra existencia, transmitidos por la cultura, se transformen en aspectos afirmadores de éste.

Trasladando estas consideraciones al proceso educativo la autora señala algunas posibilidades, con un listado abierto (p. 137): establecer una relación discipular relacionada con la búsqueda de la verdad del sujeto y de la vida; establecer un sentido crítico y creativo con finalidad liberadora; buscar una vida buena; buscar la relación del sujeto con el tiempo (con la vida); afirmación de la vida y condena de toda forma de resentimiento que anule la voluntad de vivir; promover el agenciamiento del sujeto como manera de expresar el deseo en un conjunto; promover el desarrollo de la voluntad de poder.

La autora analiza, en el capítulo 10, el ejercicio espiritual en términos de Hadot y Foucault: el tema de la espiritualidad tiene que ver con la transformación radical del sujeto, y concretamente respecto a su búsqueda de la “verdad” y el conocimiento. Para ello estos autores, y Andrea Diaz con ellos, pasan revista a la tradición de las escuelas griegas, en las cuales la lectura de texto tenía una finalidad pedagógica y psicagógica: eran un “ejercicio espiritual” no sólo para pensar problemas, sino también para preparar al sujeto en la búsqueda de la sabiduría. Esto exige trabajo sobre sí y con los otros, ejercitación. Entonces, en esta conceptualización de la filosofía como ejercicio espiritual, el papel de la filosofía de la educación toma esta forma: “La filosofía de la educación ha de dar cuenta del aporte de la filosofía, nada menos a la formación del género humano en el sentido en que venimos hablando en este libro. Ha de constatar su participación y su aporte a una concepción de *paideia* que implica siempre una propuesta de la transformación de la subjetividad y el modo de vida de los seres humanos. Esta filosofía nos replantea la centralidad para la educación de la *epimeleia heautou* ligada al *gnosthi seautou*” (p. 146). Resta por ver qué tipo de subjetividad se debiera promover.

El capítulo 11 avanza un tema relacionado con la ejercitación espiritual, la práctica de escribir sobre sí mismo. Esta “tecnología del yo” (Foucault) o “escritura de sí” tienen que ver con la inquietud de sí, el autoconocimiento de sí y el cuidado de sí (que implica el cuidado de otros). Implica, como es claro, un proceso de autoconocimiento y a la vez una preparación, un estado de alerta o atención.

También los antiguos, antes de los cristianos, promovieron el “examen de conciencia”, en el sentido senequiano de juicio, pero también de una especie de control administrativo, como diría Foucault. Esta escritura, de la que las *Meditaciones* de Marco Aurelio son un buen ejemplo, no tienen por finalidad exponer o fundamentar una doctrina, sino que las ideas que se exponen y se repiten son una especie de terapéutica de la palabra, tienen un poder inductor, para vivir con lucidez, conocerse y cuidarse. Esta idea, advierte la autora, ha sido retomada por los renacentistas, especialmente Montaigne, y luego por Hadot y Foucault.

Sacando conclusiones prácticas para la tarea educativa, la autora indica que esta ejercitación nos pone en condiciones de advertir con claridad las limitaciones y las insuficiencias de nuestra condición humana, que se ponen de manifiesto en la crisis que vivimos, y que no es sólo (aunque también) educativa. Formar no es sólo instruir, dar conocimientos, no basta el desarrollo de la “inteligencia académica” (expresión de la autora), hay que asumir el desafío de que la educación sea un auténtico proceso humanizador. En este proceso la voluntad de saber aparece como piedra angular de la formación humana, conforme la propuesta del capítulo 12, reproducción de un artículo de 2013. Problema éste que plantea en función del “pensamiento débil”, el cual podría interpretarse como voluntad de ignorancia. La autora reivindica la voluntad de saber cómo una forma de supervivencia, no querer repetir un error o un horror es una forma de cuidado de sí y de los otros.

El último capítulo sintetiza el proyecto de reformular la filosofía de la educación, proponiendo una filosofía de la educación como pedagogía del género humano, entendiendo que filosofía y formación humana se identifican y tienen como foco común problemático la vida misma. Una filosofía de la educación como arte de la existencia implica que el maestro es el “medio” o el “*topos*” que nos vincula con nuestras propias preguntas, con nuestra posición de ignorancia que es el inicio del camino de búsqueda. No se debe olvidar, dice la autora un poco más adelante, que el “filósofo” no es un “sabio” sino un “amante de la sabiduría”, amante de lo que no se posee (como en la tradición socrático-platónica): se ama la sabiduría sabiendo que no se la posee, sino que se la busca. Por eso la filosofía es una forma de vida a la que deben acceder incluso los niños, que promueve goce y encanto de la vida, y que afirma el gozo de aprender siempre, mientras se viva.

Esta reseña de los puntos centrales propuestos por Andrea Díaz podrían (y deberían) ser objeto de comentarios, apostillas y reflexiones conforme a la propuesta misma de una filosofía como búsqueda. Aquí sólo me es posible esbozar tres de las

ideas que me suscita la lectura y que propongo como un paso más en la continuación de la búsqueda de la “vida buena”.

En primer lugar, me parece auspicioso el esfuerzo por rescatar la filosofía antigua y con ella muchas intuiciones de enorme valor que fueron oscureciéndose con el paso del tiempo. En ese sentido no puede reprocharse que la autora sólo mencione a Hadot y Foucault como re-lectores de la antigüedad, sin preocuparse de las bibliotecas que se han escrito (y se escriben) sobre esos temas. Y no es necesaria mayor erudición porque el proyecto no es exponer interpretaciones más o menos plausibles a partir de análisis filológicos, sino repensar el sentido que esos textos pueden tener hoy para nosotros. Claro que la lectura de Foucault no sería aceptada por la mayoría de los “expertos” académicos en filosofía antigua, pero eso no importa; lo que importa es que el proyecto de re-lectura tenga un sentido para nuestra cultura actual. Entonces, si esto es así, estamos repitiendo el proceso de re-lectura actualizada que hicieron los cristianos a partir del siglo V. Tampoco a ellos les tembló el pulso al re-escribir según la conveniencia de sus intuiciones y sus problemas vitales en esos momentos cruciales para la historia de Occidente. Y pienso que un estudio de este proceso, no un mero estudio historiográfico sino conceptual y analógico, sería tal vez esclarecedor. Por cierto que las repeticiones históricas parecen ser peligrosas (lo dijo Marx: la segunda vez es una farsa). Pero si de hecho se dan, tal vez podamos buscarles un sentido positivo, terapéutico (para no repetir fallos antiguos) y potenciar lo positivo de las experiencias del pasado.

La segunda observación es que el asunto del “cuidado de sí” se está convirtiendo en una especie de “moda filosófica”, hay muchos trabajos de todo tipo que tratan del tema y que, desde luego, permiten a historiadores de la filosofía exponer textos escritos a lo largo de más de dos mil años en un encuentro académico convocado para pensar la crisis de nuestro tiempo. No es que me preocupe eso, sino el carácter efímero de las modas. Hace treinta años todos hablábamos de la postmodernidad, del fin de los grandes relatos, del pensamiento débil, etc., expresiones que hoy casi no se usan. Con esto no quiero decir que las “modas” no hayan aportado ideas valiosas, al contrario, estoy segura de que sí lo han hecho. Pero deseo advertir que es parte de la terapéutica continuar con la medicina vital mientras haya signos de vida... Y esto es esencial si se pretende encauzar a la educación -que es un proceso de larga duración, a nivel de las comunidades- en una dirección definida.

Y la tercera observación que deseo hacer es que en este mundo (incluso filosófico) fragmentado en que vivimos, las propuestas filosóficas suelen

transformarse en reductos de grupos afines sin conexión con otros, y sobre todo sin diálogo. En la actualidad existe otra corriente filosófica que también se califica de post-foucaultiana y que promueve el post-humanismo. Es también una línea variopinta y de moda; numerosos encuentros, jornadas, simposios e innumerables publicaciones (imposible leer todas) dan cuenta de un movimiento también muy atractivo. Hasta donde sus intuiciones son compatibles con éstas que presenta la autora es un tema a discutir. Hasta dónde ambos grupos pueden dialogar y eventualmente acordar algunas ideas o propuestas, también es algo por ver. Lo dejo apuntado simplemente como inquietud, una inquietud que tal vez nos atañe a todos.

Celina A. Lertora Mendoza

RESEÑAS

CARLOS ENRIQUE BERBEGLIA, *Decisiones y riesgos. Alternativas para un pensar sin trabas*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2016, 286 pp.

El Prof. Dr. Carlos Enrique Berbeglia tiene una larga trayectoria como docente, investigador y ensayista filosófico, además de una veta literaria a la que se dedica con asiduidad. Sin embargo, actualmente considera que su actividad filosófica no es ni ha sido, en el fondo, la matriz esencial de su pensamiento, más vinculado a la creatividad literaria, de la cual se nutre su reflexión filosófica. Por eso la presentación de la solapa lo define en estos términos, muy acertados sobre todo para este volumen: "...su visión de la filosofía no es la de un investigador erudito, sino la de un pensador independizado de las escuelas y el peso de las autoridades históricas que inhiben la búsqueda del conocimiento fuera de la recurrencia a los nombres donde anidarse respetuosamente". Y, en efecto, el libro cumple rigurosamente la consigna de la anti-erudición: no tiene una sola cita bibliográfica y apenas algunas escasísimas referencias –sobran los dedos de una mano para contarlas- a posiciones filosóficas "clásicas" (u ortodoxas). Y, como afirma la contratapa, es un libro de búsqueda filosófica, pero no al modo tradicional, sino "desde una serie de adyacencias que la tradición filosófica no suele considerar, tales como el papel que desempeña la lisa y llana mentira en el desenvolvimiento de la historia...".

Podría decirse que es un libro de filosofía en el sentido –también tradicional- de ser una búsqueda de la verdad, pero con dos advertencias: es una indagación que no se propone como fin hallar "la" verdad, ni siquiera "una" verdad universal y apodíctica; además, se propone un acercamiento sinuoso a través de su negación, la mentira, tomada en su sentido más amplio. En la obra, la "mentira" no es solamente la ocultación consciente y voluntaria de una verdad que el sujeto mentiroso conoce (o cree conocer) con la finalidad expresa de engañar a otro. Es algo mucho más amplio; además de eso, es también la auto-ocultación, la negación a la búsqueda, a la crítica y la auto-crítica de los "saberes" o ideas recibidos, el deseo de agradar o de no comprometerse, la necesidad de salvarse (algo que se encuentra también -nos advierte- en el reino animal no humano, aunque en otro contexto que no lo hace totalmente equiparable), la invención de los dioses y también el olvido de ellos, y un largo etcétera que el autor desenvuelve a lo largo de 22 capítulos con un total de 46 secciones.

Una característica –según la viví como lectora- es que el libro se puede leer al revés, es decir, comenzando por el final, donde está la Dedicatoria (contra la tradición académica de colocarla al principio). Y además se dedica a Homero Mansi (“en tu mezcla milagrosa de sabiondos y suicidas, yo aprendí filosofía...”). Y allí el autor nos da su clave de lectura (tal vez para que sólo en ese momento, el lector inocente, que ha empezado por la primera página, tenga ocasión de ver si entendió o no). “Objetivo primordial de este libro ha sido exponer lo que se oculta, aunque lo ocultado consistiera en uno de los tantos motores que ayudaran al género humano a llegar a ser lo que ahora es, que no difiere, sino en menudencias de cuanto fuera en tiempos anteriores [...] La búsqueda de la verdad (en el preciso contexto de esta obra, y, entre demás temas, develar el papel del engaño y de conductas, como la huida, usualmente descartadas en las visiones éticas convencionales) manifestó el aspecto distinto y encomiable llevado a cabo por la filosofía, la ciencia, el arte y la literatura, nunca por la acción política y no siempre por las religiones” (p. 283). En suma, una declaración de paz con el pensar filosófico, auténtico y no convencional, un declaración de guerra a la política (producto de un escepticismo justificado por la marcha histórica) y una mano tendida a los honestos intentos religiosos. Pero la dedicatoria implica algo más: que el pensar filosófico tiene fuentes a las cuales no siempre se atiende y que de ellas no hay tampoco un elenco estable ni general (menos todavía, universal). En el caso del autor, una inspiración ha sido el tango. Difícil fuente posible de quienes no gustan de ese género en ninguna de sus versiones. Pero válido para quien sí puede extraer una reflexión de ciertos alegatos (la hipocresía, sobre todo, nos dice Berbeglia, forma insidiosa y deleznable de la mentira).

Una vez enterados de la fuente real y vital principal del libro que hemos leído, y al llegar a la última página, podemos retrotraernos unas diez y analizar lo que el autor considera el resultado de su trabajo, que titula “Confluencias / Convergencias”, título cuya ambigüedad no puede pasar desapercibida y cuya explicación constituye –si se quiere- la conclusión principal. Allí nos dice cuál fue su propósito: “Desilusionar, no otro ha sido el propósito de las reflexiones que alcanzan, aquí, la *convergencia* de cuantas fueron vinculadas a partir de las ideas directrices, signadas, en su totalidad, por la misión, que, al menos quien las desarrolla, presume esencial del pensamiento filosófico: quitar las elocuentes voces que llenan los oídos de prescripciones y saberes digeridos...”. Hoy, algunos hablarían de “desmitificar” el contenido de la tradición filosófica, para que pase la criba de una mirada como la que propone el autor. Además nos advierte que “*Convergencia* no equivale a *culminación*, este segundo término alude a una obra finalizada en todas y cada una de sus partes, por eso no se presume definitiva...” (p.

275). Y en cuanto a la confluencia, se refiere a otras reflexiones paralelas, no filosóficas, sino poéticas, teatrales, narrativas “*confluir* implica llegar a un punto determinado, y, una vez allí, *divergir* hacia un nuevo rumbo...” (p. 275). Es decir, el autor asume que él, y tal vez el lector, comenzarán el camino de la divergencia y del disenso, en búsqueda incesante de nuevas confluencias: el pensar filosófico como expresión de la vida misma.

Y para terminar, retrocediendo otras diez páginas, a las 293, pasamos al capítulo “Ritornello y recapitulación”, en el cual el autor explica el sentido del oxímoron que ha venido usando a lo largo de la obra, el “Pesimismo Optimista”: la humanidad se empeña en sobrevivir sin distinguirse en ello de las demás especies que la naturaleza dispuso sobre la tierra (las que se extinguieron, fue por motivos externos a ellas mismas). Es “pesimista” porque ha cometido “incontables tropelías” en esa persistencia, y es “optimista” porque no obstante haberlas cometido, en general supo sacar de ellas réditos positivos para su propia marcha. Por lo tanto, el autor no comparte las predicciones de los que llama “agoreros del desastre”, porque piensa que ninguna especie hasta ahora se auto-eliminó y no hay motivos suficientes para pensar que la especie humana obraría de distinto modo. Me detengo aquí, porque creo que éste es el punto en que para muchos lectores comenzará la divergencia. Algo que seguramente el autor ha previsto y también deseado.

*

JOSÉ LUIS DAMIS, *Laberinto II. El desierto que profetizó Nietzsche*, Buenos Aires, Ed. Biblos, 2016, 346 pp.

Si bien este libro puede considerarse una continuación de *Laberinto I*, que finaliza antes del siglo XX en su original recorrido por la historia de la filosofía, así como una reiteración de la propuesta del estilo y de los 33 capítulos (la edad de Cristo, los cantos de la *Divina Comedia*, número de perfección, o tal vez simple capricho, ¿por qué no?), tiene su propio perfil que el lector intuye como un trabajo de confirmación de la hipótesis del desierto que nos aguarda. Aquí otra vez, y en mayor proporción, se mezclan nombres, sucesos, fechas, ideas, porque en el “desierto” los minotauros ya ni siquiera son “filósofos” que aspiran a llegar ser humanos; más bien parecen un conjunto desordenado y variopinto de seres en general angustiados por preguntas que no pueden responder, o cuyas respuestas son invalidadas por otras, o simplemente porque ni siquiera pueden formular la pregunta. Con todo, es posible un intento de presentar las grandes líneas en que la filosofía de la primera mitad del siglo XX es reconocida.

La primera es la línea de la lógica matemática y la epistemología formalista, representada por nombres como Hilbert, Frege, Cantor, Peano, Russell, Whitehead, Wittgenstein, Natorp. Se les da mucha importancia (revelada en la cantidad de páginas dedicadas a ellos). A ninguno le va bien en el desierto. Pero tampoco a los físicos, encabezados por un Einstein deprimido y horrorizado, aunque tampoco sin aclararse bien de qué exactamente, sino que se siente rodeado de emisarios de un “hermano mayor” del que no puede sustraerse.

Otra línea está marcada por los intentos de pensar en forma diferente a los anteriores, a quienes el esfuerzo no les fue recompensado ni siquiera proporcionalmente, como lo vive el aterrorizado Bergson, en su paso por un desierto que le obliga a transitar en camello y en camioneta cuatro por cuatro para irse y volver a un París cada vez más lejano. Ni digamos las dudas y cavilaciones de los espiritualistas místicos, como Mircea Eliade, por ejemplo, o Theilard de Chardin.

Todos ellos se encuentran y dialogan (o se pelean) con amigos de diversas especialidades minotáuricas: poetas, novelistas, músicos, cineastas, directores técnicos de fútbol, cantores de tango y muchos más componentes de una fauna que el autor parece considerar en peligro de extinción, a pesar de su número (seis páginas a doble columna de letra apretada). Pero hay personajes inesperados: los ficcionales que en este libro son reales (como el Padre Ubú), los míticos que se toman en serio su inmortalidad no tan perdida (Adán y Eva), y hasta los ángeles y demonios que acompañan a todos los viajeros y que posiblemente conversen con Nietzsche cuando sale de su tumba a tomar el fresco de la noche estrellada y recibir alguna caricia de su mamá que lo espera pacientemente al lado del féretro.

Nietzsche, el profeta del desierto, seguramente escucha todo desde su refugio de ultratumba, pero no dice nada, salvo al comienzo. Desaparece anunciando que los muertos tienen que dormir mucho. Vuelve a aparecer fugazmente al final, más bien a través del relato de lo que hizo su madre: bañarlo, afeitarlo, perfumarlo y vestirlo elegantemente para recibir a los filósofos, teólogos, científicos y artistas invitados a una asamblea para debatir el destino de Occidente luego de la rendición de Japón. Como el desierto que avanza está en cualquier parte, resultó que la reunión sería en el cráter que produjo la bomba atómica de Hiroshima. Pero la reunión fue un fracaso, pocos fueron los que asistieron y Nietzsche regresó a su tumba sin saludar a nadie. Deambulaban en este final Oppenheimer, Einstein, Adorno, Horkheimer, Marcel Duchamp, Bernanos, Wittgenstein y unos pocos más. Van a ver una obra titulada *Los Minotauros*, con variaciones, pero la representación queda interrumpida

por los altoparlantes a través de los cuales el General McArthur anuncia que los invitados deben desalojar el cráter porque será taponado y allí comenzará una nueva etapa feliz de la historia, pidiendo disculpas por las molestias ocasionadas (p, 340).

Es así que los lectores no sabemos dónde se congregarán éstos u otros minotauros para debatir sobre lo que pasó (o pasará, porque los tiempos del desierto son diferentes a los nuestros) en la segunda mitad del siglo XX.

Esta novela filosófica no tiene un argumento, sino muchos entretejidos; tampoco un desenlace sino más bien una irrupción inesperada (ningún militar había participado antes) o un desalojo, o como quiera llamarse. A quienes, infiltrados de un racionalismo razonable les hiciera falta un hilo conductor, hay que decirles que no existe, en este laberinto nadie es Terseo ni hay Ariadna. Y finalmente, a los angustiados por no terminar de entender el sentido de la obra, creo que el autor les respondería como el personaje de Umberto Eco “no hay clave”.

Pero sí hay, sin duda, el placer de una lectura que no se disfruta todos los días. Reiterando también el estilo de mi anterior reseña, copio tres pasajes que dan una idea de cómo es todo el resto.

“Bertrand, se dice Bertrand Russell mirando al Tata Cedrón, a los noventa y seis años, a tu modo y como pudiste luchaste por un mundo habitable. ¡Qué importa si al final sólo queda el vacío! Lo que vale la pena es el mientras tanto. ¿Tiene sentido con el barro del sufrimiento y la sangre edificar una miserable aldea que terminará en la nada? Bertrand quiere creer que algún sentido tiene. Alain Resnais llega para saludarlo: ‘Muchas felicidades, conde Russell’. Atrás está Atahualpa Yupanqui que saluda a Bertrand y lo homenaja pegándole donde más le duele al pobre viejo lord. ‘A veces no comprendo mi rodar por el mundo’ [...] ‘Feliz cumpleaños, lord’, se anuncia François Truffaut, que llega conmovido por lo que está pasando en París, y comunica a los presentes que el Festival de Cannes tiene que suspenderse [...] François Truffaut imagina una película sobre el viejo conde. Astor Piazzolla, con una leve inclinación saluda a Bertrand y comienza a ejecutar ‘Adiós Nonino’. ‘La música exacta para la película’ descubre el cineasta” (pp. 77-79).

“Bergson y Gide comparten una mesa en el cuadro de Claude Monet *El desayuno en el jardín*, rodeados de plantas y flores y la mirada curiosa de una extraña dama de blanco. En la mesa está todo preparado para el desayuno que compartirán la dama de blanco y su acompañante, una mujer mayor. Pero ni lerdos

ni perezosos Bergson y Gide se adelantan y ocupan la mesa, dispuestos a desayunar” (p. 195).

“Levy-Strauss no huye como Sartre a la historia. Permanece estático ante la puerta sin abrir. Por eso el chamán es más considerado y le regala para que la use la palabra estructura, utilizada por Hilbert, en 1899 cuando intentaba buscar nuevos fundamentos para la geometría. Esa palabra, que se iba a imponer en la filosofía, la ciencia y el arte del siglo XX, iba a tener para Levy-Strauss el sabor especial de lo fundacional. Santificada, quedó grabada en el desierto que profetizó Nietzsche” (p. 288).

El comentarista no tiene más remedio que invitar al lector a adentrarse, junto con el autor, en el desierto profetizado. Tal vez encuentre algo al final, pero en todo caso, como pensaba Bertrand, lo que vale es el mientras tanto, el camino.

*

MARIA DE LOURDES SIRGADO GANHO, *Dicionário crítico de Filosofia Portuguesa*, Lisboa, Circulo de Leitores e Temas e Debates, 2016, 812 pp.

La obra representa un importante proyecto del Centro de Estudios de Filosofía de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Católica Portuguesa, sede Lisboa, financiado por la Fundação para a Ciência e a Tecnologia desde 1999. Fue coordinado por María de Lourdes Sirgado Ganho, de amplia trayectoria en los temas de historia de la filosofía medieval y portuguesa, acompañada por un nutrido y selecto grupo de colaboradores. La obra se articula en dos partes. En la primera, se presentan las bio-bibliografías de los principales filósofos portugueses desde el siglo IV hasta la actualidad (incluyendo vivos), con un total de 213, presentados por orden alfabético. El esquema de presentación es siempre el mismo: se aportan los datos biográficos, se presenta el pensamiento con mayor o menor extensión según los casos (en general en forma más detallada los más importantes y los más actuales) con mención de sus obras y ediciones y finalmente la bibliografía sobre el estudiado.

Han trabajado en esta parte, que ocupa 561 páginas, medio centenar de colaboradores que merecen ser mencionados aquí: Adriana Verissimo Serrão, Américo Pereira, Ana Cristina da Costa Gomes, Ana Maria Moog, Ana Paula Loureiro de Sousa, António Camões Gouveia, António Campelo do Amaral, António Joaquim Rocha Martins, António Braz Teixeira, Arnaldo de Pinho, Bernardino da Costa Marques, Carlos Morujão, Cristina Soveral, Eduardo

Abranches de Soveral, Elísio Jorge Vaz e Gala, Gonçalo Pistacchini Moita, Isidro Pereira Lamelas, José Pinharanda Gomes, João José Miranda Vila-Chã, João Mauricio Brás, Joaquim Cardozo Duarte, Joaquim Cerqueira Conçalvez, Joaquim Domingues, Jorge Coutinho, Jorge Rivera, José Eduardo Franco, José Pereira Cardoso Enes, José Esteves Pereira, José Gama, José Luis Nunes Martins, José María Silva Rosa, José Francisco Meirinhos, Lúcio Craveiro da Silva, Luis Manoel A. V. Bernardo, Luís Lóia, Manuel Barbosa da Costa Freitas e Inês Bolinhas, Manuel Cândido Pimentel, Manuel Ferreira Patrício, Margarida Barahona Simões, María Celeste Lóies Natário, Maria de Lourdes Sirgado Ganho, Maria Fernanda Enes, Maria Ivone de Ornellas de Andrade, Maria José de Figueiroa Rego, Maria Manuel C. R. Valadares Tavares, Mendo de Castro Henriques, Paulo Ferreira da Cunha, Rodrigo S. Cunha, Samuel Dimas, Zília Osório de Castro, Zulmira Santos.

La segunda parte, que abarca las páginas restantes, consiste en 60 sinopsis de sendas obras (antiguas, medievales, modernas y contemporáneas) que se han considerado representativas de los diversos aspectos, temas, estilos y posiciones del pensamiento portugués. Para dar una idea de este contenido, basta decir que incluye las *Summulae Logicales* de Pedro Hispano, los *Diálogos de Amor* de León Hebreo, el *Leal Conselheiro* de D. Duarte, *Que nada se sabe* de Francisco Sanches, las *Disputationes Metaphysicae* de Francisco Suárez, la *História contra os Pagãos* de Paulo Orósio, los *Textos filosóficos* de Fernando Pessoa, la *Teoria do Ser e da Verdade* de José Marinho, *O Problema da Filosofia Portuguesa* de Alvaro Ribeiro, *Homem e Mundo em São Boaventura* de Joaquin Cerqueira Gonçalvez. El esquema de presentación es similar: se ubica la obra en relación a su autor y a su tiempo, se presenta una síntesis del contenido y algunas observaciones histórico-críticas; finalmente se indican las ediciones. Debe señalarse que se han incorporado varios anónimos (*Horto da Esposo*, *O Bosco Deleytoso*, *Corte Imperial*, *Explicação da Fe Cristã*) y también obras que no son filosóficas, sino teológicas e incluso pastorales, como los *Sermões Dominicales e Festivos* de San Antonio de Lisboa, la *Clavis Prophetarum* de Antonio Vieira o la *Mystica Theologia* de Sebastián Toscano. Es decir, el concepto de “filosofía” ha sido tomado con amplitud, lo que es comprensible teniendo en cuenta el amplio rango cronológico de la obra y el hecho de que durante muchos siglos, incluso bien entrada la Modernidad, la distinción entre disciplinas era flexible, con amplios espacios de comunicación metodológica y temática.

Han colaborado en esta parte Alfonso Rocha, António Reis, Carlos Morujão, Eduardo Abranches de Soveral, Elísio Jorge Vaz e Gala, Gonçalo Pistacchini Moita, Isabel Baltazar, Jesué Pinharanda Gomes, João Ferreira, João José Miranda Villa-

Chã, Joaquim Domingues, Jorge Rivera, José Eduardo Franco, Luís Lóia, Luis Manuel A. V. Bernardo, Manuel Cândido Pimentel, María de Jesús Lorena Brito, Maria de Lourdes Sirgado Ganho, María José de Figueira Rego, María Manuel C. R. Valadares Tavares, Marta Mendonça, Mendo de Castro Henriques y Samuel Dimas.

No es posible exagerar la importancia de esta publicación, que provee por primera vez de un registro impecable de los principales agentes de la historia del pensamiento portugués, sin olvidar sus relaciones con autores españoles, las influencias de Europa transpirenaica y la mirada al mundo colonial. No es fácil tampoco hacer una selección de autores y obras y lograr un total acuerdo, aun cuando lo haya en lo relativo al criterio general. Dicho criterio es expreso en el “Prefácio” de la Coordinadora: la historia comienza con la más antigua tradición conservada de autores que son considerados “las raíces” de la filosofía portuguesa, y se extiende a autores que no siendo portugueses por su lugar de nacimiento, realizaron lo más significativo de su obra en Portugal. Como es natural, para algunos se disponía de fuentes y estudios de calidad y cantidad suficiente, en otros casos fue necesario iniciar un camino de búsqueda y de presentación inicial. En todos los casos el resultado ha sido altamente positivo. Por último, corresponde señalar la excelente presentación tipográfica, clara y elegante, así como una encuadernación acorde con ella. Se trata, en suma, de un libro que no debe faltar en ninguna biblioteca dedicada al estudio de la historia de la filosofía universal.

Celina A. Lértora Mendoza